

Hace cinco años que Norteamérica vio con preocupación cómo un golpe militar derrocaba en Perú al entonces Presidente: el arquitecto Belaúnde Terry. La preocupación se convirtió en alarma cuando se hizo pública la primera medida del nuevo Gobierno: se nacionalizaban los pozos de La Brea y Pariñas, explotados hasta entonces por la International Petroleum Company. La Junta Revolucionaria estaba presidida por el general Velasco Alvarado. Velasco era un hombre de extracción humilde que había comenzado en el Ejército como soldado. Pronto el Gobierno se mostró partidario de guiar el país bajo una de las llamadas «fórmulas terceristas», un camino propio hacia la evolución y el desarrollo. Se marcaron para ello dos cotas importantes: la movilización social y el cambio de estructuras. Un antiguo colaborador de TRIUNFO, Hugo Neira, sociólogo peruano y hombre representativo de la realidad de la América Latina, analiza, desde su puesto en SINAMOS (Sistema de Apoyo a la Movilización Social), a lo largo de esta entrevista, la personalidad de Velasco y lo ocurrido en el país durante estos primeros cinco años.

¿QUIEN es, cómo se formó Velasco Alvarado? —Una de las primeras cosas que yo pedí al volver al Perú fue conocer personalmente al Presidente Velasco. Me intrigaba, quería saber qué tipo de hombre podía ser. Evidentemente, el proceso peruano no es sólo asunto de un hombre, ni de una institución, pero también hay aspectos personales; las decisiones, al fin y al cabo, son tomadas por hombres, la Historia no es una entelequia abstracta.

«Nosotros, siempre nos preguntábamos de dónde podía venir la fuerza social que romiera el círculo vicioso de la inmovilidad peruana. Elementalmente, en Perú, existen dos sectores: el sector blanco, dominante, de cultura occidental, y el sector indígena. La destrucción del orden tradicional podía venir de una gran rebelión indígena o de una rebelión tipo Chile con partidos socialistas. Lamentablemente, en Perú, el partido socialista y el partido comunista no llegaron en el momento de las elecciones más allá de un cinco por ciento. Pero la respuesta no vino de un sector ni de otro. Fracasaron las fórmulas reformistas que venían del sector moderado y fracasaron los levantamientos campesinos, incluyendo en esto a las guerrillas. Vino de un estrato social de origen popular, pero situado en parte en la cúspide del poder, como era el Ejército. Y vino de un hombre como Velasco, que no corresponde a la idea clásica de «blanco dominante» ni de «cholino» dominado.

«Velasco es un hombre del Norte peruano. En la zona del Piura ha existido una estructura social menos dominante, menos patriarcal que en otros lugares. Son pequeños propietarios, gente más alzada, más orgullosa, más segura de sí misma. Allí aparece Velasco: es un hombre de ojos rasgados, y en Perú le llaman «El Chino». Este muchacho, que probablemente tuvo los pies en el suelo, pero que comió bien, se yergue y busca un medio de ascenso social que sólo puede encontrar en el Ejército. Primero fue soldado raso y luego oficial. En España no lo entendería, pero en Perú, por una serie de recursos, unos legales y otros ilegales,

el servicio militar recae sobre los hijos de los campesinos, prácticamente sobre una etnia, la etnia indígena. Bien; Velasco, en el Ejército, recibe una educación, una formación. Tienes ya a un hombre en conflicto: en un estrato institucional evidentemente privilegiado como es el Ejército (porque somos privilegiados todos los que sabemos leer y llevamos zapatos en un país como el Perú), pero guardando evidentemente su combatividad de origen social. Todo esto, en un contexto que va desde mil novecientos treinta a mil novecientos cincuenta y tantos, en el cual, la clase dominante tradicional, es decir, la burguesía, falla y se producen lo que podríamos llamar las grandes tomas de conciencia. El segundo aspecto recae sobre la institución del CAEM.

«Es difícil aproximarse a un fenómeno de mutación institucional

LA EXPERIENCIA PERUANA

como es el CAEM desde las perspectivas europeas. Los Ejércitos de América Latina quedaron un tanto al desnudo desde que el hemisferio quedó cubierto por la tutela de los Estados Unidos. A partir de ese momento, cada Ejército busca redefinir su función interna. Esto que digo ahora es muy racional, y, «a posteriori», creo que la situación vivida por los primeros fundadores del CAEM no fue exactamente así. Ellos comenzaron por acatar lo que se les daba: tenían que luchar contra el comunismo; por lo tanto, tenían que hacer un estudio de tipo estratégico contra el enemigo. El estudio de «enemigo interno» llevó, por lógica forzosa, al estudio de la situación social, económica y política del país. El análisis de la situación llevó al descubrimiento del problema del subdesarrollo. El CAEM, entonces, dirige sus estudios hacia el campo de la planificación, la economía y la sociología, todavía dentro de una óptica desarrollista, pero a medida que penetra en el nuevo mundo

de las ciencias sociales, comienzan los primeros análisis de marxismo, el estudio de los textos de Mao... y el Ejército descubre cosas terriblemente revulsivas. Por ejemplo, se produce un conocimiento directo de la administración del Estado y, por tanto, de la descomposición de la clase dirigente tradicional. Esto, para el Ejército fue muy importante.

«En los años sesenta se producen grandes demandas, encuadradas dentro de un proceso de modernización global. Ante esta enorme demanda, la clase dirigente, que en realidad no era más que una clase intermediaria con el gran capital exterior, no logra ni mínimamente resolver los problemas y las exigencias que se plantean. Esto, el Ejército lo comprueba, porque es parte del Estado. En los Gabinetes están los ministros militares, y ellos son testigos de los grandes negocios... no hay que olvidar que el golpe de estado se produce por el escándalo de la página once de un acuerdo secreto

Velasco Alvarado jura su cargo. De pie frente a él, el general Alberto López Causilla, jefe de la Junta Revolucionaria que arrojó a Belaúnde del poder



firmado con la International Petroleum Company por el último Gobierno civil peruano. Fue la gota de agua que rebasó la copa.

EL APRA Y LOS GUERRILLEROS

—El Ejército apoyó a Belaúnde Terry contra el Apra en las elecciones de mil novecientos sesenta y dos, y es el mismo Ejército quien le derroca. ¿Es que esperaban otra cosa del Presidente?

—Es eso, pero es más. Hay una frase de Regis Debray que dice que el tiempo revolucionario no es el tiempo de la Historia. Es decir, que hay cosas que ocurren a grandes velocidades. De mil novecientos sesenta y tres a mil novecientos sesenta y ocho se «quemó» la burguesía peruana, es el momento en que tiene la Administración Civil y un Ejército que les apoya. El Ejército está situado en ese momento hacia el centro-izquierda, e incluso se ha puesto en contra de Haya de la Torre, no por odio tradicional al Apra, sino porque el Apra representa en mil novecientos sesenta y dos la derecha, y Haya es el candidato del embajador norteamericano en Lima. Es decir, el Ejército tiene ya una posición institucional antinorteamericana y anticapitalista. Con su intervención da tiempo a que el establecimiento civil y los partidos de masas tengan su opción. Y ellos lo creen así. Belaúnde era profundamente popular, pero decepciona con gran velocidad. Hay que pensar que el nivel de información de los militares en el Estado Mayor es más alto que el que tienen otros grupos de presión. Ellos saben cómo marchan las cosas y saben que no hay ninguna voluntad de cambio. Y cuando esto se orienta abiertamente hacia la toma de poder del Apra y el país acepta la dependencia y el subdesarrollo como una situación permanente, entonces, en ese momento, el Ejército opta por tomar el poder.

«El otro revulsivo son los combates con los guerrilleros. Hay testimonios históricos que demuestran hasta qué grado fue importante la guerrilla en el cambio de conciencia de los militares. Ellos debían y querían combatir a los guerrilleros, porque significaban la negación de su mundo, y, sin embargo, en su fuero interno, los que combatieron a los guerrilleros, los que hoy día trabajan codo a codo con algunos de ellos, como en el caso de Béjar, les daban la razón en términos sociales. Ellos decían: estos guerrilleros están combatiendo por una causa justa; su modelo político es algo que nosotros no podemos aceptar, pero sí sus contenidos sociales, y no vamos a sacar la cara por una oligarquía corrompida, no somos sus perros de guardia.

«Cuando la derecha creyó que este Ejército les estaba limpiando el piso, se encontró con que después de culminar la operación guerrillera, que fue muy rápida, el



De espaldas, el Presidente Velasco Alvarado saludando al pueblo en el primer aniversario de la nacionalización de los pozos de petróleo de La Brea y Pariñas.

A LOS CINCO AÑOS DEL GOLPE, LA JUNTA MILITAR BUSCA ORGANIZACIONES DE BASE.

El Ejército se volteó contra ella. Se llega entonces al «impasse» político del sesenta y siete-sesenta y ocho, y el Ejército presenta una alternativa. Ahí es donde yo quisiera llegar. Salvando la pequeña opción guerrillera, la primera alternativa revolucionaria, no de este siglo, sino de toda la Historia del Perú, es esta alternativa del Ejército. Ahora falta definir las metas, y parte de estas metas están empezando a ser definidas como una sociedad básicamente libertaria, socialista, autogestionaria, humanista, y el cambio que tengamos que iniciar será un cambio imaginario, inventado en una situación absolutamente singular. Pero lo que sí está claro es que este país, a partir del sesenta y ocho, ha comenzado a moverse, y que hay unos cambios básicos en la red de juego económico, que aún no se reflejan a nivel de relaciones sociales e incluso de las ideologías porque lo último que se percibe son estos cambios.

LAS RELACIONES CON U. S. A.

—¿En qué medida depende la economía peruana de los Estados Unidos?

—Si solamente se cifra en la relación con el comercio exterior, creo que la política internacional peruana es una buena respuesta. Desde el comienzo de este Gobierno, la política internacional peruana ha sido distinta. Es más, yo me atrevería a decir que por primera vez hemos tenido una política internacional propia. Se han abierto relaciones con la Unión Soviética, con los países del Este, con China y con Cuba.

—Pero, ¿existe o no dependencia con respecto al capitalismo norteamericano?

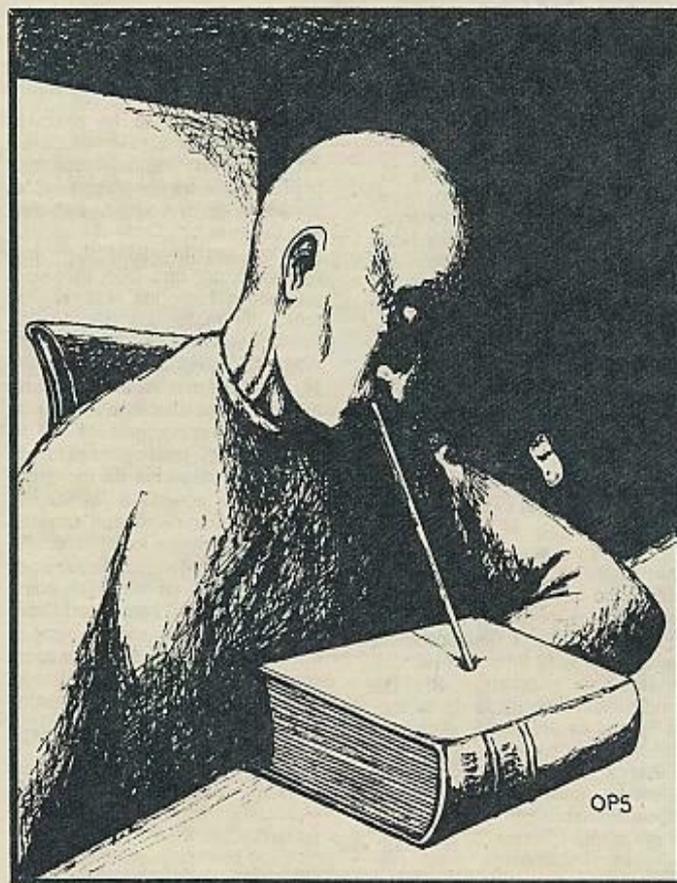
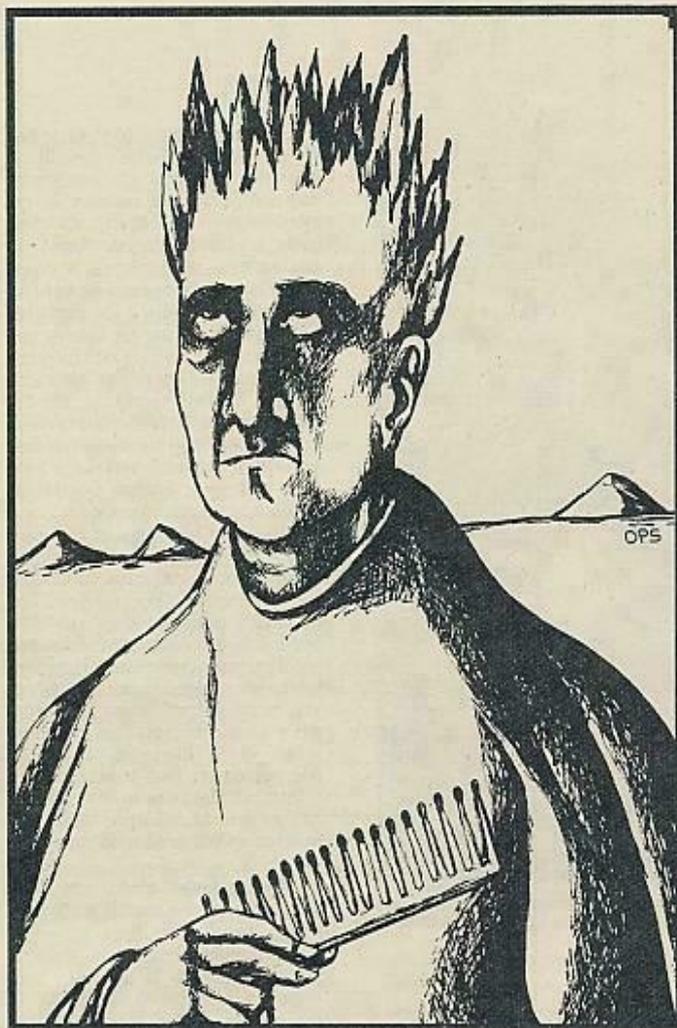
—Vamos por partes: puede haber una tendencia frente al mercado económico que representan los Estados Unidos, pero una cosa es la relación que tenga una economía dada con el flujo internacional, con la economía mundial, y otra las condiciones específicas de su modo interno de producción. Nosotros podemos tener dentro de cinco o diez años una economía básicamente estatal, fundada en empresas autogestionarias y con sólo un treinta por ciento o menos de empresas privadas. Sin embargo, estos productos pueden ser colocados en un

mercado manejado o controlado por la economía mundial capitalista. Nosotros podemos ser una sociedad con relaciones sociales no capitalistas, pero obligada en gran parte a la dependencia. Ahora, lo que se está buscando es la diversificación de dependencias: hay una apertura muy fuerte a los capitales centroeuropeos, por un lado, y por otro, hacia inversiones de cualquier país dentro de las reglas del Pacto Andino. En este momento, los Estados Unidos representan menos del cuarenta por ciento del encaje de nuestro comercio exterior, y tiende a decrecer; Europa Occidental le sigue muy de cerca.

«Por otro lado, nuestra dependencia al exterior no es amplia, como pueda ser el caso de Colombia, que vende, por ejemplo, un ochenta y cinco por ciento de café y tiene que colocarlo básicamente en el mercado americano. Nosotros producimos algodón, azúcar, petróleo, cobre, hierro, harina de pescado, y esos son productos de encaje en varios mercados. Es decir, que somos un país menos dependiente, no tanto por el mercado en que se orienta, sino por la diversificación de los productos de exportación.

—De cualquier modo, aún debe de quedar mucho capital norteamericano invertido en Perú.

—Sí, queda mucho, y nuestro problema es que la inversión continúe llegando desde el ángulo de las nuevas reglas planteadas por el Pacto Andino. Perú es un país nada favorecido por el flujo de capitales americanos. El Banco Mundial, que está dominado enteramente por los Estados Unidos, que llevan un cincuenta y uno por ciento de las acciones, no ha colocado ni un solo dólar el año pasado en Perú. No han llegado (cosa que políticamente es una desgracia) al comportamiento torpe, agresivo, que tuvieron con Cuba. A nosotros no nos han invadido. Algo han aprendido, por otro lado. Pero donde pueden tocar los resortes, los tocan, de modo que nos afectan económicamente sin darnos la posibilidad de capitalizar políticamente esto. Es muy difícil explicarle al pueblo los mecanismos bancarios internacionales por los que se nos cierra el crédito, creando acá dentro una situación de desocupación, ligada además a las relaciones que ellos mantienen con sus antiguas clientelas industriales. Políticamente, nosotros hubiéramos querido tener un enemigo claro, abierto, agresivo, como tuvo Cuba. Desgraciadamente, con nosotros el enemigo ha aprendido, es esquivo, como lo es también con Allende. Juega a la «gran política», mantiene su diplomacia, pero créditos, cero... Entonces nos vemos en un problema muy grave, pero sin que podamos capitalizarlo y darle una temperatura caliente, cerrar filas y lanzarnos, pues, a una vía de socialismo heroico, pero, desgraciadamente, las reglas del juego inter-



nacional no nos permiten en este momento nada.

—¿En qué medida esta falta de créditos afecta a la situación del sol, que a la hora del cambio posee un valor distinto dentro y fuera del país?

—Nosotros necesitamos una cierta proporción de inversiones, no muy altas. Está muy claro, según los últimos informes de las Naciones Unidas, que la mayoría de los países del Tercer Mundo que han hecho ciertos progresos en los últimos decenios, señalan un cuatro coma ocho por ciento de crecimiento proporcional bruto y atienden a su crecimiento interno con un ochenta y cinco por ciento de acumulación de ahorro interno. Esto significa que el famoso mito de la ayuda externa se desploma, tanto para la Unión Soviética como para los Estados Unidos. En otras palabras: que tenemos que hacer un esfuerzo más grande para producir un ahorro interno, una acumulación de nuestros recursos y una movilización total de nuestros recursos financieros. Es difícil que la Unión Soviética invierta de nuevo en un país de América Latina como invirtió para sostener el lujoso portaviones cubano. Pero Perú es mucho más ancho, más grande, y además, no tenemos, pues, la ventaja de estar tan cerca de los Estados Unidos, no podemos vender esta ventaja estratégica. Es difícil que Rusia vuelva a hacer una inversión semejante, y yo creo que incluso no sería deseable.

«De modo que nosotros tenemos que acumular capital, pero para eso son necesarias dos enormes revoluciones. Por un lado, es necesario un esfuerzo de ahorro, de control, de prudencia estatal y fiscal enorme. Eso requiere, evidentemente, cuadros profesionales y además gente devota, entregada completamente a un proceso de acumulación. En Perú hemos tenido una sociedad opulenta en pequeño grado, una pequeña sociedad de consumo y una pequeña clase media: el sector occidentalizado del país, acostumbrado a adquirir automóviles, medias de nylon y aparatos electrodomésticos que no fabricamos. Deprimir este sector, explicarles que el desarrollo es costoso, que hay un costo humano de sacrificio, de abnegación, y que no se trata del sacrificio de toda una generación, sino de procesos mucho más rápidos, es algo que molesta, y no solamente por los hábitos de consumo, sino porque parece necesario cambiar las pautas mentales mismas, el esquema mental del país, y aquí es donde necesitaríamos una suerte de revolución cultural, en la medida en que, de arriba abajo, el país se tenga que obligar a un cambio total de valores y sistemas de vida.

LOS PROPOSITOS DE LA JUNTA

—¿Qué se propone fundamentalmente la Junta Revolucionaria?

—El Gobierno se propone, por lo menos, hacer dos cosas simultáneamente: cambiar las estructuras y aumentar la participación popular. Históricamente sabemos que si sólo se hacen los cambios económicos y no se modifican las superestructuras político-sociales, entonces se produce un gobierno estatista que retrasa la verdadera revolución a nivel político.

«Por eso, cuando el Gobierno tomó la alternativa de los cambios de estructuras, comenzó por una nacionalización de La Brea y Pariñas, y, por lo tanto, por controlar la riqueza del petróleo; luego, la minería, la industria, la pesca, los Bancos... Entonces se crean instituciones de las que no existen precedentes, como las comunidades industriales o laborales, que son una forma de ir elevando la participación en el capital y en la gestión de los obreros dentro de las empresas sin ahuyentar a los industriales, en una relación que va siendo asimétrica; es decir, a medida que pase el tiempo, disminuirá la participación del capital privado y aumentará la del colectivo. Por lo tanto, no es co-gestión a la manera francesa, es decir, relación de igualdad: es una transición hacia el colectivismo obrero, que ni siquiera es socialismo en el sentido tradicional, sino un socialismo autogestionario.

—¿Funcionan grupos autogestores en la agricultura?

—Sí; funcionan en este momento trece complejos agroindustriales, que están entre los más grandes productores de azúcar del mundo. La hacienda «Casa Grande» tiene en plena producción veinte mil hectáreas de caña de azúcar, por ejemplo. Los complejos no son solamente lugares de producción cañera, sino lugares de elaboración, donde se elaboran el azúcar con todas sus derivaciones: industrias alcohólicas, etcétera.

«El dieciséis de abril de mil novecientos setenta y dos fueron las elecciones, y en cada complejo industrial votaron los trabajadores. Así, eligieron un Consejo de Administración y un Consejo de Vigilancia; para quien conozca un poco de estructura yugoslava, esto no le llamará la atención. A su vez, ese Consejo de Administración y Vigilancia eligió una presidencia responsable de la administración y la gestión.

«Cuando se produjo la reforma agraria, estas tierras que habían pertenecido a la familia Pardo o a la familia Piedra, habían dejado de ser de estas familias, pero si bien se habían transferido estas grandes propiedades agrícolas del campo privado al campo público, faltaba definir quién administraba lo público, quién gestionaba la autogestión. Entonces se hicieron varios ensayos, y al final se tomó en un Consejo de Ministros una decisión. Fijata: evidentemente, es más eficaz el sistema de control estatal, pero nosotros, en estos momentos, no sólo tenemos una experiencia

LA EXPERIENCIA PERUANA

política, sino que la administración, es decir, la superestructura, ha sido modificada al mismo tiempo que la infraestructura, y hoy día tenemos trabajadores que administran y contratan a sus gerentes; esta estructura pocos países socialistas pueden decir que la poseen.

—La expropiación de tierras se ha realizado por medio de bonos de pagos al Estado. ¿Qué reacciones se han producido entre la gente a quien se ha cambiado sus tierras por papel?

—Bueno, han sido cambiadas por bonos de pagos al Estado, o bien por inversiones en el sector industrial. Hay, evidentemente, un «chirriar de dientes», diríamos con lenguaje evangélico, y hay una gran resignación, una gran pasividad, porque las clases terratenientes son clases quebradas políticamente y que sentían venir algún tipo de reforma agraria desde mil novecientos sesenta. De modo que en realidad no han hecho más que aceptarlo. También ha habido gente que se ha ido del país, no ha podido soportarlo, es un problema ya psico-social. Han sido pocos, pero generalmente se embarcan para Madrid, lo cual me da mucha pena, porque los españoles son un pueblo muy majo y no merecen esa exportación. Baján diciendo: «¡Comunismo, comunismo!», y en realidad no hay más que un proceso inevitable que tenía que llegar.

—¿Qué elementos forman la Junta de Gobierno y cuáles son sus tendencias?

—Ellos se llaman Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas y del Pueblo. La noción de «fuerza armada» implica una cohesión de los tres Cuerpos, ¿no?, sin contar la Policía, que son la Marina, Aeronáutica y Ejército de Tierra. Este Gobierno se dio en el momento de tomar el poder, el tres de octubre de mil novecientos sesenta y ocho. Como nadie va a llamarse a engaño, la segunda parte de la denominación está todavía sin llevarse a cabo. El «gobierno del pueblo» es una proposición, la aspiración declarada es que el pueblo participe y tome funciones de poder, y no diría ni «enclima» ni «al lado», sino «sin» el Estado. La idea es que se monten centros autónomos económicamente. Este es un país muy fraccionado, muy disgregado, muy... iba a decir invertebrado. Y entonces, en esta sociedad, la idea de que marchen adelante una serie de entes económicos a nivel local, de provincia o de región, no es demasiado utópica, puesto que el Estado, con sus recursos, no puede, evidentemente, hacer frente a las enormes cargas que ya se presentan en un país como Perú, que crece al tres coma cinco por ciento demográficamente. Si ahora la demanda es ya enorme, imagínate bajo un proceso revolucionario en el que la gente no solamente quiere la educación, el trabajo o la salud tradicional, sino

que adquiera la conciencia de otros derechos. Para eso hay que sumar los recursos del Estado y una enorme movilización popular.

DOS TENDENCIAS

—Volviendo a la Junta: ¿Cuáles son las tendencias?

—Yo creo que hay dos posiciones bien claras: hay quien cree que este país puede cumplir sus dos fases de desarrollo y movilización social al mismo tiempo. Efectivamente, hay razones bien reales para hacer una revolución «fria», en el sentido de que es posible confiar en la vitalidad de la economía peruana. Perú es un país mal desarrollado, pero es un país con grandes potencialidades y puede tener coyunturas muy favorables. Entonces, en la medida en que haya un chorro de ingresos con el desarrollo económico, no tendrá que apelarse a la temperatura política como un recurso extraordinario. Hay otras personas (entre las que yo me encuentro) que creemos que el problema no es tan sencillo. Existe una cierta tendencia a confiar en el desarrollo económico y tecnocrático (¡ojalá se cumpliera), pero es probable que no sea suficiente, y entonces habría que descubrir otra política capaz, y para eso necesitamos unas bases sociales profundamente dispuestas y también un Gobierno decidido a las inevitables concesiones, porque al movilizar a las masas populares hay que cambiar las autoridades locales, hay que modificar las pequeñas suboligarquías ancladas en la Administración, los distintos «clientes» de los antiguos partidos políticos que no hemos expulsado... Un amigo me decía: «Está muy bien que esta sea una revolución sin muertos y sin sangre, pero, ¡caramba!, podía ser una revolución con despedidos». En este momento están todos los enemigos dentro: el Apra está acá íntegro, con sus dirigentes, y a excepción del ex Presidente Belaúnde y algunos más, el íntegro de la Administración y la burocracia contrarrevolucionaria. La mayoría de los funcionarios de provincias no quieren a un Régimen que como primera medida recusa el capitalismo como medio de desarrollo y en segunda instancia que promueve a los marginales. Ellos se ven amenazados no por algo concreto, sino por lo que podíamos llamar la direccionalidad del proceso.

—¿Cómo se plantea la continuidad del Régimen? ¿Cómo se llevará a cabo el relevo de poder?

—Sería ilusorio creer que toda «élite» dominante se «autoguillosina». Lo curioso del caso es que, por necesidades históricas, en los países del Tercer Mundo, las minorías dirigentes tienen que apelar inevitablemente a las grandes movilizaciones populares. Entonces, para encontrar los basamentos populares, para poder edificar una economía y una sociedad distintas,

inevitablemente se tienen que hacer transferencias de poder. Por otro lado, el pueblo lo reclama. Las clases populares del Perú son clases muy politizadas. No hay relación entre el nivel cultural y el nivel político, y es que ha habido una acción política enorme. Lo paradójico del caso es que parte de esa acción, hoy día se volteja contra los partidos políticos mismos. Hay un viento participacionista y antiautoritario en las bases.

—La transferencia de poder se prevé como una transferencia a bases populares, a los dirigentes salidos de los grupos. Imaginamos que una sociedad futura estaría construida sobre una serie de agrupaciones populares autogestivas, autónomas, donde el Estado no desaparecería; el Estado se puede reservar algunas funciones básicas...

—¿Y esas funciones básicas estarían siempre en manos de los militares?

—Yo pienso las funciones básicas en términos, por ejemplo, de representación exterior; siempre habría una diplomacia o un sistema legal. Pero no creo que tengan que estar siempre en manos de elementos militares. Mira lo que ocurre, te voy a contestar bien francamente: en este momento, en la correlación de fuerzas políticas que hay en el país, la única fuerza que honestamente quiere la revolución y el cambio es el Ejército. Hasta que no se vea aparecer un tipo de fuerzas sociales en quien se pueda confiar, el Ejército no va a desposeerse de un control de la situación. Nos encontramos con un país profundamente conservador en este momento, pero de aquí a seis u ocho años, con una aceleración tremenda en la base económica, con una liberación tremenda de las energías populares, aquí se iniciará un cambio que no será solamente económico y social, sino mental-psicológico. Entonces, ¿cómo se va a diseñar la estructura de poder con todas las fuerzas que el mismo proceso está liberando? Creo que es un asunto que nos importa un poco menos, lo importante ahora es incitar a que aparezcan estas organizaciones de base. Lo que sí creo que habrá son fórmulas de consulta y de elección, como ha habido en los complejos agroindustriales, y todo un sistema político-social que podemos montar y que probablemente sea mucho más democrático. Creo, por ejemplo, que las consultas a través del sistema de doble representatividad yugoslavo, de la comuna y del consejo obrero— es decir, donde vives y donde trabajas—, es mucho más real. No nos engañemos, la experiencia peruana es un ensayo, un esfuerzo, es una posibilidad, pero se dibuja en el horizonte del Tercer Mundo una experiencia singular: quizá desde estas pequeñas experiencias se rompa el «impasse» del socialismo.

■ Entrevista de GLORIA DIEZ.

LA NOVELA EN Seix Barral

«PANTALEÓN Y LAS VISITADORAS», de Mario Vargas Llosa. 309 págs. 220 pts.

«TRES NOVELITAS BURGUESAS», de José Donoso. 274 págs. 140 pts.

«UN OFICIO DEL SIGLO XX», de Guillermo Cabrera Infante. 539 págs. 320 pts.

«LA OTRA CASA DE MAZÓN», de Juan Benet. 229 págs. 290 pts.

«PROYECTOS PARA UNA REVOLUCION EN NUEVA YORK», de Alain Robbe Grillet. 174 págs. 140 pts.

«LOS CUERPOS CONDUCTORES», de Claude Simon. 159 págs. 150 pts.

«EL HOMBRE SIN ATRIBUTOS» (tomo III y último), de Robert Musil. 485 págs. 300 pts.

«GESTOS», de Severo Sarduy. 111 págs. 120 pts.

«COMICO DE LA LENGUA», de Néstor Sánchez. 240 págs. 180 pts.

«INES JUST COMING» (2.ª ed.), de Alfonso Grosso. 311 págs. 180 pts.

Solicite catálogos e información en:



Seix Barral

Provenza, 219. Barcelona-8
Hnos. Alvarez Quintero, 2. Madrid-4